vidas, esa inagotable emanacion de una naturaleza extraordinaria sin rival ni precedentes?

Si O'Connell hubiese marchado con el claymore (1) en la mano al abordaje del despotismo, habria sido destruido por los fuegos de la aristocracia británica; pero se ha encerrado y amurallado en la legalidad como en una fortaleza inexpugnable. Es atrevido pero tal vez, es mas habil que atrevido. Adelanta pero se retira. Llegará hasta los últimos límites de su derecho pero no mas allá. Cubierto con el broquel de los ardides, disputa en ese terreno, pie á pie, á fuerza de interpretaciones capciosas y de astucias con las cuales envuelve á sus adversarios, y no pueden desasirse de ellas. Escolástico, quisquilloso, camastron, astuto, y procurador ladino, consigue con ardid lo que no puede arrancar por fuerza. En donde otros se perderian él se salva; su ciencia le defiende de su ardor.

Sin embargo la especialidad de su objeto no le aleja de los intereses generales de la humanidad. Quiere la economía en los gastos, porque ese es el deber de todo gobierno. Quiere el voto de todos porque todos tienen derecho á votar. Quiere la libertad de cultos porque esa es la voluntad de la conciencia humana. Quiere el triunfo de las ideas, porque es el único que no hace correr sangre, que está basado en la opinion y en la justicia y que tiene consistencia.

Es poeta hasta la epopeya ó familiar hasta la trivialidad. Atrae á sí su auditorio y le transporta sobre las tablas del teatro ó bien se baja de ellas y se mezcla á los espectadores. No deja un solo momento la escena sin accion ó sin palabras. Distribuye á cada uno su papel; él se presenta como juez, interroga y condena. El pueblo ratifica la sentencia, levanta las manos y se figura que asiste á un juicio.

O'Connell arregla á veces el drama interior de la familia segun el drama exterior de los negocios públicos. Hace aparecer en sus discursos á su anciano padre, á sus antepasados y á los progenitores del pueblo. Expide sus órdenes, manda que se sienten, que esten en pié ó que se prosternen. Toma la direccion de los debates, cuida del buen órden en la audiencia, preside, lee, redacta, hace propuestas, peticiones y requerimientos, y concluye. Arregla é improvisa narraciones, monólogos, diálogos, prosopopeyas,

(1) Espadon ancho y de dos filos, usados por los antiguos Irlandeses y Escoceses. (N. del T.)

intermedios y peripécias. Sabe que el Irlandés es al mismo tiempo risueño y melancólico, que le gustan las figuras, el colorido y el sarcasmo, y corta la risa con las lágrimas, lo grandioso con lo grotesco. Ataca en masa á los lores del parlamento y echándolos de sus guaridas aristocráticas les persigue uno á uno como fieras. Los ridiculiza sin piedad, los escarnece, los disfraza y cubiertos de cuernos y corcobas ridículas los entrega á la mofa y silbidos de la multitud. Si en medio de la pelea distingue á algun amigo ó enemigo, le nombra. Si él es interpelado se detiene, coje cuerpo á cuerpo á su interruptor, le echa por tierra y vuelve bruscamente á continuar su arenga. De ese modo es como sigue, con maravillosa electricidad, las ondulaciones de ese mar popular, ya loca y bulliciosa bajo los golpes de su tridente, ya rizada por el soplo de un viento ligero, ya tranquila, pura y dorada por los rayos del sol como un baño de blandas y delicadas sirenas.

O'Connell no es whig, tory, ni radical al modo de los Ingleses. Y así es que los whigs, los torys y los radicales le conservan el antiguo odio y el soberbio desprecio de un pueblo conquistador para con el vasallo de un pueblo conquistado, de un Inglés para con un Irlandés, de un protestante para con un católico. Pero con todo, ese odio, ese desprecio y esas insolencias no consiguen abatirle. A diferencia de tantos otros oradores aflijidos y desanimados porque no tienen conviccion, entrañas ni fé, O'Connell no duda nunca del triunfo de su causa, y hasta en la Cámara de los comunes, mirando atrevidamente y cara á cara á sus adversarios exclama:

«Jamás cometeré el crímen de desesperar de mi pais; y al cabo «de doscientos años de dolores me encuentro hoy en pie derecho «en este recinto repitiéndoos las mismas quejas y pidiéndoos la «misma justicia que reclamaban nuestros padres; pero no ya con «voz humilde y suplicante sino con el convencimiento de mi «fuerza, y convencido de que la Irlanda sabrá hacer en adelante «sin vosotros lo que hayais rehusado hacer por ella! No entro en «compromisos con vosotros; quiero para nosotros los mismos «derechos que vosotros gozais, el mismo sistema municipal para «Irlanda que para Inglaterra y Escocia; y si no fuera así ¿á qué «se reduce la union con vosotros? á una union sobre pergaminos «¿no es así? ¡Pues bien los romperemos y el Imperio quedará «cortado por la mitad!»

¡Qué altivez! Para tener un lenguaje semejante se necesita ser casi rey.

No hay que hablarle á ese hombre de un asunto diferente; su alma patriótica, por vasta que sea, no puede contener otro alguno. En el mismo Londres y en el parlamento de los tres reinos no es miembro del parlamento, no es mas que Irlandés. Solo la Irlanda, la Irlanda toda, es lo que tiene en su corazon, en su pensamiento, en sus recuerdos, en su palabra, en su oido.

« Oigo, dice, oigo diariamente la voz lastimera de la Irlanda que « me grita: ¿Deberé esperar todavía y sufrir siempre (1)? No, « conciudadanos mios, no sufrireis mas; no en vano habreis pe- « dido justicia á un pueblo de hermanos. La Inglaterra no es ya « aquel pais de preocupaciones en que solo el nombre de papismo « indignaba todos los corazones y les arrastraba á cometer injus- « tas crueldades. Los representantes de Irlanda se han dedicado á « hacer adoptar la ley de la reforma (el *reform-bill*) que ha « abierto anchas esclusas al pueblo inglés; tambien serán escu- « chados cuando pidan á sus colegas que hagan justicia á la Ir- « landa; y si casualmente el parlamento se hiciese sordo á nues- « tras súplicas, entonces hariamos un llamamiento á la nacion « inglesa; y si ella tambien se dejara arrastrar por injustas preven- « ciones, volveríamos á nuestras montañas y no recibiríamos con- « sejo sino de nuestra energía, valor y desesperacion. »

Imposible es invocar en términos mas fuertes y tiernos la razon, conciencia y gratitud del pueblo inglés, y mezclar con mas arte la súplica á la amenaza, que en ese bello pasaje.

Pero se conoce que ese orador gigantesco se encuentra estrechado y ahogado bajo la cúpula del parlamento inglés, como un gran vegetal bajo una campana de vidrio. Para que sus pulmones se hinchen, su estatura crezca y su voz truene, necesita aire, sol, y la tierra de Irlanda. Solo cuando toca á esa tierra sagrada, á esa tierra de la patria, es cuando respira y se le ensancha el corazon. Solo allí, en presencia de su pueblo, es donde su elocuencia revolucionaria, su altiva elocuencia, se lanza, se desplega y brilla como las inmensas mangas de cohetes de un fuego artificial. Solo allí derrama y vierte las hirvientes oleadas de esa prodigiosa ironía que venga á los esclavos y hiere á los tiranos.

(1) La miseria de la Irlanda excede á todo cuanto puede figurarse la imaginacion humana, y cuantas ponderaciones podrian hacerse en este punto quedarian muy atrás de la verdad. Aun cuando no lo permitiesen los límites de estas notas, temeriamos horripilar á nuestros lectores con la descripcion de los tormentos causados por el hambre y frio en una poblacion famélica y desnuda que, salvo algunas centenares de familias, puede llamarse una nacion de mendigos. *L'Irlande expire sur sa croix*, dice Victor Hugo.

Sus chanzas no son finas, no pican como con una aguja. Semejante al sacrificador antiguo levanta su maza, hiere á su víctima entre los cuernos en medio de la frente, ella da un largo gemido y cae.

Es preciso verle cuando reune toda su indignacion y fuerzas para contar la larga historia de las desgracias de su patria, y de su opresion y miserias; cuando evoca del fondo de sus tumbas aquellos héroes generosos, aquellos rígidos ciudadanos que regaron con su sangre los cadalsos de Irlanda, sus lagos y llanuras; cuando presenta á la vista de sus bravos amigos el lamentable espectáculo de la libertad desgarrada por el hierro de los Ingleses; el suelo de sus antepasados en manos de esos tiranos; el gobierno instituido por ellos y para ellos, para ellos solos; los tribunales atestados de sus hechuras; los jurados corrompidos, vendidos los parlamentos; las leyes teñidas de sangre, los soldados convertidos en verdugos; llenas las cárceles; los paisanos arruinados por las contribuciones, embrutecidos por la ignorancia, extenuados de enfermedades y de hambre, descarnados, huraños, doblegados, echados sobre fétida paja; las barracas cerca de los palacios; la insolencia de la aristocracia; la ociosidad sin cargas y sin compasion; el trabajo sin retribucion y sin descanso; la ley marcial restaurada, suspendida la libertad de imprenta; invadida la administracion por los extrangeros; absorvida la nacionalidad; los religionarios incapacitados de ser jueces, jurados, testigos, rènteros, maestros de primera enseñanza, y regidores, so pena de nulidad radical y hasta del último suplicio; las iglesias católicas vacías, desnudas y sin ornamentos; sus sacerdotes mendigando, estériles y perseguidos; la Iglesia anglicana con la alegría en la frente y en el corazon, y las manos en los sacos y cofres de oro. Entonces los ojos se inundan de lágrimas en medio de un sombrío y espantoso silencio, y todo ese pueblo oprimido, y destrozado de sollozos revuelve en su corazon proyectos de venganza.

Sin embargo que la Inglaterra, desde lo alto de sus palacios y desde su lecho de púrpura y seda, preste un oido tembloroso al ruido de ese Encélado que ruge bajo el monte en que le tiene encerrado. Ya recorre sus sombrios subterráneos; ya se endereza sobre los pies y levanta con sus hombros los hornos abrasados de la democracia, y esperando una próxima erupcion la Inglaterra se espanta y ya se le queman los pies, y se retira temiendo que el volcan rebiente y la haga saltar.

¡Qué le importan á ese turbulento orador, á ese rústico hijo de las montañas, Aristóteles y la retórica, la política de los salones, la propiedad de la gramática y la urbanidad del lenguaje! Él es del pueblo y habla como el pueblo. Tiene las mismas preocupaciones, la misma religion, las mismas pasiones, el mismo pensamiento, el mismo corazon, un corazon que palpita con todas sus fuerzas por la Irlanda, y aborrece con todas sus fuerzas á la tiránica Albion. ¡No le veis como penetra, se introduce, y se hunde en las entrañas de sus queridos Irlandeses para sentir y palpitar como ellos sienten y palpitan! ¡Como se condena á sí mismo á arrastrar la cadena de su esclavitud, para rugir mejor con ellos y poder romperla mejor! ¡Como cede, se contornea, se abate, se reanima é investiga la gloria de lo pasado! ¡Como les representa sus males presentes, su soledad, ilotismo político, miseria social, desnudez y degradacion! ¡Como les reanima y les refresca con el soplo religioso de sus esperanzas! ¡Como les levanta de nuevo con los nobles acentos de la libertad y como les cubre tan perfectamente con su voz, gritos y venganzas, con su alma, brazos y cuerpo, que al fin de su discurso todo ese orador y todo ese pueblo de cincuenta mil hombres no tienen mas que un mismo cuerpo, una misma alma, y el mismo grito de ¡Viva Irlanda!

Sí, su Irlanda, su muy querida Irlanda es lo que él ha colocado como un altar en medio de todos sus pensamientos y afecciones. Solo á ella ve, solo á ella escucha en el parlamento, en la iglesia, en el foro, en el hogar doméstico, en los clubs, en los banquetes, en sus triunfales ovaciones, ausente, presente, á toda hora, en todo lugar, en todas partes! A ella vuelve sin cesar por mil caminos atravesados, llenos de abismos y precipicios, de altas montañas, de lagos inmensos, de tierras fértiles y de praderas ondeantes. ¡Tú eres, verde Erynn, esmeralda de los mares (1), cuyo

(1) La Irlanda es uno de los paises mas pintorescos y variados, y su continua humedad la cubre de una alfombra verde y mullida que la ha hecho dar el nombre de isla verde (*green Island*), y esmeralda de los mares. El Irlandés Thomas Moore, el mas voluptuoso y anacreóntico de los poetas, la llama

First flower of the earth, first gem of the sea.
Primera flor de la tierra, primera perla del mar.

Como la tierra que pisan, los Irlandeses forman una raza hermosísima, y al mismo tiempo robusta, inteligente, festiva, chistosa, intrépida y dotada de un amor invencible por la madre patria, que aumenta con las miserias de estos.
(N. del T.)

Paris. Imprenta de Gerdès, calle Bonaparte, 42.

cinturon desata él sobre los arenales de la playa! ¡Tú eres quien se le aparece sentada sobre la cima atrevida de los templos del catolicismo, tú la que él oye entre los murmullos del huracan, tú la que él respira entre las brisas perfumadas de la floresta! ¡tú á quien se figura ver sacando tu formidable cimitarra contra la Inglaterra, al ruido del trueno de las batallas! Tú pobre mendiga, cuyos harapos, pechos desecados y chozas de paja prefiere él á los florecientes palacios de la aristocracia, á la insolente Albion, á la reina del Océano! Tú, verde Erynn, esmeralda de los mares, cuyas gracias enfermizas y cuyas mejillas ahuecadas y marchitas contempla él lleno de respetuosa compasion, porque eres la tumba de sus progenitores, la cuna de sus hijos, la gloria de su vida, la inmortalidad de su nombre, la palma florida de su elocuencia, porque amas á tus hijos, porque le amas á él, porque padeces por ellos y por él, porque eres la Irlanda, porque eres su patria!

Nuestros discursistas parlamentarios no arrastran ni un solo diputado con sus oraciones. Han visto tantas revoluciones, servido á tantos gobiernos, y echado á bajo tantos ministerios, que ya no creen en el poder ni en la libertad; no son san-simonianos, ni cristianos, turcos ni anabaptistas, budistas ni albigenses, y no creen absolutamente en religion alguna. Pero O'Connell cree en los maravillosos prestigios de su arte; cree firmemente en la futura emancipacion de Irlanda. Cree en el Dios de los cristianos, y porque cree y espera es por lo que esa águila sostiene su vuelo sublime en las altas regiones de la elocuencia, á pesar de que sus alas estan ya heladas por el soplo de tantos inviernos. Él no separa el triunfo de la religion del de la libertad. Se estremece de alegría, se gloria, se exalta con sus magníficas visiones del porvenir, y su palabra inspirada participa en cierto modo de la grandeza del cielo inmenso que le sirve de pabellon, del aire y del espacio que le rodean, y de las multitudes de pueblo que le salen al encuentro cuando despues de su eleccion por el distrito de Clare exclama:

«En presencia de mi Dios y con el sentimiento mas profundo «de la responsabilidad que traen consigo los deberes solemnes y «temibles que vosotros me habeis impuesto por dos veces, yo los «acepto ¡oh Irlandeses! y tengo la seguridad de llenarlos no por «mi propia fuerza sino por la que vosotros me dais. Los hombres «de Clare saben que la única base de la libertad es la religion. «Han triunfado porque la voz que se eleva por la patria habia antes

«exhalado su oracion ante el Señor. En nuestras verdes campiñas «se oyen ya algunos cánticos de libertad, cuyos sonidos recorren «las colinas, llenan los valles, murmullan en las ondas de nues- «tros rios; y nuestros torrentes con su voz de trueno, gritan á los «ecos de las montañas: ¡La Irlanda es libre!»

No, por desgracia no es libre todavía ¿qué será de ella? ¿qué será de su agitador? ¿será herido por el rayo en medio de la tempestad? ¿la Inglaterra y la Irlanda conmovidas hasta sus cimientos irán á arrojarse una contra otra? ¿correrán torrentes de sangre? ¡Dios quiera desvanecer semejantes presagios!

Pero suceda lo que quiera O'Connell es y será, lo mismo que Mirabeau y Napoleon, una de las tres y acaso la mas grande figura del siglo. ¿A qué hombre sin espada ni corona ha sido dado mas poder que á él sobre la tierra? ¿Adonde se ha visto ni se verá jamás una cosa semejante? Y así no debemos admirarnos de que O'Connell diga: «Me envanezco de mi destino.» Sí, razon teneis para envaneceros, Daniel O'Connell, sí, en medio de vuestro poderoso y legítimo orgullo podeis exclamar: «¡La Irlanda soy yo!»

¿Y qué importará ya, Daniel, que la Irlanda salga de tus manos rodeada de gloria, y palpitando de nacionalidad; ó que sucumbas á la brutalidad de las bayonetas? El éxito ¡ay de mí! ha justificado demasiado hasta ahora el derecho y legitimidad de los tiranos. El mundo les ha sido entregado y por lo visto Dios quiere que reinen; por lo visto todas las naciones deben nacer, vivir y morir en una prolongada noche de tempestad, cortada á raros intervalos por algunos rayos de sol; por lo visto su opresion es uno de los secretos de la Providencia que se burla de la justicia humana y no prueba en este mundo la paciencia y virtud de los oprimidos sino para reservarles las eternas recompensas de la herencia celestial. No te lisonjees demasiado, Daniel O'Connell, de hallarte exento de la ley comun, que al cabo yo no sé si para coronar tu hermosa vida, valdria mas para tí el perecer que el triunfar. Esos Sajones podrán aherrojarte en los calabozos, llevarte al suplicio y alejarte de esa tierra de Irlanda que no veria ya á su O'Connell ni escucharia los relámpagos y rayos de su voz. Pero no podran impedir que las sagradas palabras de justicia, libertad y patria sean pronunciadas en voz baja por los labios de los Irlandeses, ni que sean repetidas en todos los corazones, ni que se estremezcan con el nombre de O'Connell desde la cumbre de vuestras montañas hasta las orillas del mar. No podrán impedir, ¡oh generosos hijos de la

verde Erynn! no impedirán que se realice vuestra emancipacion política y religiosa, ni que las generaciones futuras se arrodillen con oraciones y cánticos de gloria, sobre la tumba en que reposen las cenizas de vuestro libertador (1)!

(1) En los últimos años de la vida de O'Connell, fallecido en 1847, un partido considerable, acaudillado por hombres esforzados, inteligentes, y sobre todo llenos de abnegacion y desprendimiento, se organizó rápidamente contra el agitador que motejaban con los términos de fullero, parásita, jesuita, y designaban como la causa de todos los males que pesaban en la pobre Irlanda, por su entorpecimiento sistemático, chocarrerías groseras é ingenuidad hipócrita.

Ello es cierto que la agitacion de O'Connell fue bastante estéril, y que el pueblo irlandés que se sangraba para constituirle una renta colosal, no recogió de él mas que bromas de mal gusto y consejos de tranquilidad «Agitaos, «les decia el orador, pero agitaos sin salir del órden.» Palabra peregrina que nos recuerda la de Arlequino á sus hijos dándoles una trompeta y un tambor: «Divertíos hijos mios, pero no hagais ruido.»

En lugar de pasear por do quier y triunfalmente el estandarte de la verde Erin, en lugar de tantas comilonas, de tantos meetings, de tantos discursos idénticos en el fondo, y apenas diferentes en la forma, mas hubiera valido decir á ese pueblo crédulo y menesteroso: «Sacudid por vuestros esfuerzos «el yugo que pesa en vosotros, vuestra situacion no puede empeorar, y, mal «por mal, mas vale perecer por una bala ó bayoneta inglesa, que de hambre «ó de frio.» (N. del T.)